EDUARDO HIDALGO.
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

NICOLAS DUMONTEL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CASIMIRO CARABIAS.

Mariano Perez Minguez.- Boticario de Padilla.

VALLADOLID:
Imprenta, Librería, Estereotipia y Galvanoplastia y Taller de Grabado
DE GAVIRIA Y ZAPATERO
ANCHA, 1

REPRESENTADO

con extraordinario éxito en el gran teatro de CALDERON DE LA BARCA *á beneficio del distinguido primer actor* DON MIGUEL CEPILLO, *en la noche del* 20 *de Enero de* 1876.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva los derechos de traduccion.

Los comisionados de la galería ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA de Don Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente del cobro de derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la Ley.

El personaje histórico NICOLÁS DUMONTEL, *bosquejado en una bellisima anécdota por la discreta pluma de Mr. Dortange, me inspiró esta humilde produccion, que sujeta por el suceso histórico, he tenido que revestir con las necesidades de lugar y accion, en cuanto me ha sido posible.*

Hago estas observaciones contestando á varios apreciables críticos, que conociendo mis escasas facultades no han podido esplicarse el aplauso conque el público acogió mi primer ensayo dramático.

La obra es esclusivamente mia y como mia, falta de bellezas.

Si el público aplaudió entusiasmado, no fué al poeta, sinó al tipo de honradez que se refleja en el protagonista de la obra.

Conste así y perdóneseme el atrevimiento de estampar estos renglones.

C. Carabias.

Valladolid 2 Febrero 1876.

PERSONAGES.

LUCIA.
NICOLAS DUMONTEL.
JULIO.
TARHÉ, (Comisario de policía.)
BASTIEN.
CONDE DE KERNUDEC.
NORMAN.
UN NOTARIO.
UN POLIZONTE.
OBREROS, gendarmes y un escribiente.

La escena pasa en Paris, en los primeros tiempos de la restauracion de la monarquía en Luis XVIII.

ACTO PRIMERO.

Vasto taller de coches dispuesto con variedad. Puerta grande al fondo; otra mas pequeña, á la derecha del espectador, que sirve al interior de la casa. A la derecha un modesto escritorio con verja de madera que le divide del resto del taller. A la izquierda del espectador y en armónica variedad, Norman y obreros trabajando en útiles de carruajes. Bastien en el centro barnizando una tabla. Julio en el escritorio. La escena debe presentar un animado cuadro al alzarse el telon.

ESCENA I.

BASTIEN, NORMAN, JULIAN Y OBREROS.

(Bastien suspende el trabajo al oir las doce.)

BASTIEN. Ola, muchachos, las doce; basta ya de trabajo y váyase cada uno á reforzar su estómago!

NORMAN. ¡Que exacto sois, señor Bastien: aún no ha sonado la última campanada de las doce en la vecina iglesia y ya os apresurais por nosotros....!

BASTIEN. Por vosotros, por mi y principalmente por nuestro patron: ya sabeis que acomoda todos sus actos al deber de una manera rigorosa: —Todo operario tiene el deber imperiosísimo de esmerarse en el trabajo y desplegar su actividad en provecho del taller: todo patron tiene á su vez un deber ineludible de atender al necesario descanso de sus obreros y remunerar sus trabajos con justicia.— Estas son sus palabras de siempre, ésta es de su conducta la perpétua norma, y bien veis que así no le vá muy mal.

608731

NORMAN. (*Dejando su trabajo.*) En efecto; es el Sr. Dumontel un patron honrado, laborioso y bueno, con cuyas cualidades se ha conquistado una escelente posicion: es el primer constructor de coches de París y el patron mas querido de sus operarios.

BASTIEN. Agregad á eso, sino lo tomais á mal, que sus operarios son los mejores de París.....

NORMAN. Sea por vos, señor Bastien.....

BASTIEN. (*Con pueril satisfaccion.*) Ah! No me lisongeais, mi buen Norman, no me lisonjeais, porque en efecto, no soy un artista despreciable; no por otra cosa nuestro patron y amigo, me distingue con su afecto como á todos y un poco mas que á todos quizá, que al fin y al cabo, pronto hará treinta años que á su lado trabajo y vivo.

NORMAN. ¡Treinta años! (*Los obreros van dejando su trabajo.*)

BASTIEN. No correrá mucho tiempo sin alcanzarlos; desde que el señor Dumontel era un pobre diablo alquilador de coches. ¡Oh! y qué tiempos aquellos, amigo Norman, qué tiempos!.... Pero basta de charla ya, dejad vuestras herramientas en sus correspondientes sitios y á almorzar; que si el patron viniera y trabajando os viera todavia, habría de echarme su sermon sacramental ..... Vamos.. . En marcha!. .... (*Los obreros van saliendo.*)

NORMAN. Hasta luego, señor Bastien, hasta luego.

BASTIEN. (*Dando á Norman la mano y acompañando hasta la puerta á todos.*) Adios muchachos; buen apetito; hasta luego. (*volviendo á la escena.*) Y vos, señor Julio, vos no almorzais hoy?

ESCENA II.

BASTIEN Y JULIO.

JULIO. Ya sabeis que almuerzo antes, pero ahora el señor Dumontel me ha rogado que altere mis ordinarias horas, porque distraido él en asuntos de más grave naturaleza que los del taller, quiere que

mientras los obreros faltan, le reemplace en el despacho.

BASTIEN. Ya se ve, y como vos sois el obrero mas distinguido.....

JULIO. Distinguido nó, señor Bastien; solamente el de menos compromisos: la mayor parte de nuestros buenos camaradas son casados y el señor Dumontel no quiere que las familias esperen ansiosas, á los que con tanta virtud y afan las amparan y sostienen. (1) «En cuanto á mí, bien lo sabeis; mis pobres »pinceles no se incomodan nunca si les abandono »por otras ocupaciones »

BASTIEN. Bien, señor Julio, bien; sois un escelente artista, perseverante, aplicado y bondadoso; así, asi se gana en el mundo el aprecio de los hombres de bien y el pan sabroso que se come. Vos lograreis alcanzar un porvenir risueño: ahí teneis á nuestro patron, que sin empezar con vuestros envidiables conocimientos..... (*Julio quiere por modestia interrumpirle.*) Lo dicho; con vuestros envidiables conocimientos, que al fin él no manejó nunca mas que la fusta primero, el cepillo y la garlopa despues; honrado como vos, como vos laborioso, ganó su posicion, como bueno, á golpe de herramienta.

JULIO. Es verdad ....

BASTIEN. Cada franco de Dumontel, representa una gota del sudor de su frente, ó un cabello blanco de su cabeza!.... Pero me habeis dicho antes que le ocupaban estos dias asuntos de importancia.. .. «Sino »pecára de indiscreto os rogaria me digerais cuales »son, porque en efecto, de algunos dias á esta parte, »no está tan comunicativo como de costumbre.»

JULIO. Qué? ¡Nada sabeis!.... Vos, que sois su antiguo camarada, íntimo confidente de sus mas pequeños detalles!

BASTIEN. ¡Por mi nombre, que no sé á qué os referis!

JULIO. (*Saliendo del escritorio y expresándose con cierta amar-*

---

(1) Las líneas entrecomadas pueden omitirse en la ejecucion.

gura.) Su hija, la señorita Lucía, ha cumplido ya los veinte años y si hasta ahora han sido rechazados cuantos pretendientes á su mano se han ofrecido, no es cosa de rechazar tambien el *gran* partido que hoy se la presenta.

BASTIEN. Calle! Tal vez el hijo de Lombard el comerciante. ..

JULIO. Nó, nada de eso; trátase ahora de un amante sério, de un hombre de *importancia* que pide al señor Dumontel la mano de su hija *muy seguro* de que la obtendrá.

BASTIEN. ¡Seguro de obtenerla!

JULIO. ¡Oh! Ya lo creo; ciertamente que no pensó jamás en una negativa, tal es su importancia *de hoy*!

BASTIEN. ¿Y quién es el bastante mentecato, que en tanto se tiene, ó en tan poco estima la voluntad de la señorita Lucía, cuando tan fácil encuentra la aceptacion.....

JULIO. ¡Ah! Señor Bastien, bastante mentecato..... nó, no es esa la palabra; bastante odioso, bastante..... Pero dónde voy á parar! Cualquiera pensaria que este asunto me interesa muy vivamente, cuando solo mueven mis espresiones el afecto paternal que el señor Dumontel me inspira.

BASTIEN. Y ella, la señorita Lucía, tan modesta como buena, tan honrada como hermosa, no ha de inspiraros interés? ¿Veriais impasible á una jóven como esa, unida para siempre con un hombre que no fuera digno de ella? (*Con intencion.*)

JULIO. ¡Oh! Nó: no me hagais esa pregunta!

BASTIEN. (*Fijando una profunda mirada en Julio.*) Señor Julio, sois mi amigo?.... (*Con franqueza ruda.*)

JULIO. No lo sabeis ya? (*Alargándole la mano que estrecha fuertemente.*)

BASTIEN. Pues bien; el hombre que sea mi amigo, lo ha de ser para algo; además, la amistad de los hijos del trabajo acorta siempre inútiles distancias. Señor Julio, sedme franco; vos no mirais con buenos ojos al nuevo pretendiente de la señorita Lucía, no es verdad? (*Pausa.*) Y lo que es mas interesante

todavia, vos no mirais con buenos ojos, á ese pretendiente..... ni á ningun otro.....

JULIO. Yo os juro.....

BASTIEN. Al diablo con vuestras nebulosidades: vos amais á la hija del patron!

JULIO. (*Confundido.*) ¿Quién os ha dicho.....

BASTIEN. Vos primero; despues yó! Vos, que cuando la mirais, bajais los ojos como si temierais que vuestra mirada revelara algun secreto: yo, que miro en el pintorcillo de hace tres años un hombre, con el fuego del génio y la pasion del fuego; «que »tiene un porvenir tan parecido al de la señorita »Lucía, como yo me parezco á Bastien. ¿No es cierto? »Si habeis de ser sincero, contestad; si no callemos.»

JULIO Pues sí, Bastien; yo la amo con todo mi corazon; hace algun tiempo, que medroso, oculto esta pasion tan santa como invariable y grande: yo la amo y sufro agudo tormento al comparar con la suya mi posicion: vos lo sabeis; la señorita Lucía recibirá una modesta fortuna, acopio del trabajo de su honrado padre, mientras que yó, nada tengo que ofrecerla.

BASTIEN. ¿Y vuestra honra....?

JULIO. Eso es tan solo; pero hoy, por desgracia, eso es bien poca cosa.....

BASTIEN. Alto ahí, señor Julio, y no ofendais á los pobres; la honra de un artista podrá ser poca cosa para aquel que no la tiene, pero es el mas preciado tesoro para los que como nosotros, saben donde reside; y entre nosotros hay que contar siempre á Dumontel.

JULIO. Es verdad; pero estais seguro de contar entre nosotros á Dumontel, cuando es padre? ¿El porvenir de su hija no ha de cegar con dorados resplandores los ojos del artesano, hoy circunscrita su mirada á limitados horizontes?

BASTIEN. Tá, tá, tá! Ciertamente hay que tolerar á los enamorados muchas majaderías, en gracia á su triste situacion... ¿De dónde sacais que el señor Dumontel

pueda deslumbrarse por ridículas visiones? —El porvenir, (os diría Dumontel amostazado si os oyera) el porvenir. depende de la actividad y de la aplicacion.— En cuanto al horizonte de que hablais, sabeis dónde se dilata sin sombras? ¡Aquí! ¡aquí! (Os diria el padre de vuestra amada.) En la propia conciencia! Así, pues, atrás el miedo, que el miedo es inseparable de la vergüenza, y no debe avergonzaros un amor casto y bueno; decidme, la señorita Lucía, no sabe que la amais?

JULIO. Nó, nada sabe.

BASTIEN. Decid mas bien, que no se lo habeis dicho.

JULIO. Cómo! Tal vez sabrá...!

BASTIEN. Dicen por ahí, que el amor es emanacion del alma y si es así verdad, nada mas fácil que la persona amada lo sepa sin que se lo digan.

JULIO. ¿Creeis que ella habrá adivinado cuanto pasa en el fondo de mi alma?...

BASTIEN. Yó nada creo, pero observo que no es indiferente á los elogios que, con justicia, hace de vos su padre con frecuencia; hay además en las miradas de los enamorados una *locuacidad tan silenciosa*!...

JULIO. Oh, nó, Bastien; la señorita Lucía fija en mí sus miradas mucho menos de lo que las mias quisieran...

BASTIEN. Ese es precisamente el síntoma seguro de la enfermedad; pero es preciso allanar asperezas y yo...

JULIO. Callad por Dios!...

BASTIEN. Yo, que voy derecho siempre... me encargo de eso... *(Aparecen Dumontel y Tarhé del brazo.)*

ESCENA III.

DICHOS, DUMONTEL Y TARHÉ.

TARHE. ...Pensadlo bien, Dumontel, sed mi apoyo en tan importante asunto y contad con mi eterna gratitud.

DUMONT. Os lo repito, señor Comisario, vuestra noble pretension me lisongea, pero mi deber de padre es antes que todo. Ola, mi buen Bastien! Buenos dias, señor

Julio: os presento, señor Tarhé, á mis dos predilectos camaradas: este, es el señor Bastien, mi escelente compañero de hace largos años: este es el señor Julio, (*Tarhé le reconoce*) aventajado pintor de suerte aciaga, que lleva mis libros y pinta los escudos é iniciales de los coches: uno y otro, en compañía de mis queridos operarios, me ayudan á robustecer mi crédito de constructor y á sobrellevar los gastos del taller. (*Julio lanza á Tarhé una mirada de desprecio*)

JULIO. Vos, en cambio, satisfaceis con largueza nuestras necesidades y nos dais generosa amistad.

BASTIEN. (*Aparte á Julio.*) Vaya una apuesta á que no sois amigo del señor Comisario...!

JULIO. (*Aparte á Bastien.*) Es un resellado, es el pretencioso amante de Lucía. (*Con despecho.*)

BASTIEN. Diablo!...

TARHE. (*Aparte á Dumontel.*) Paréceme, Dumontel, que tratais con harta familiaridad á vuestros empleados.

DUMONT. Fuera un ingrato sinó: ellos me aman sin falsía.

TARHE. (*Aparte*) Respírase en este recinto cierta atmósfera democrática bien perjudicial al Estado!... (*Mirada de desconfianza á Julio.*)

DUMONT. (*Pasando con Tarhé al escritorio.*) Con vuestro permiso, amigos mios. (*Bastien y Julio izquierda del espectador.*) Sentáos, señor Comisario de policía, y si os parece bien, terminemos nuestra interrumpida conversacion. (*Tarhé mira á Julio con recelo.*)

TARHE. Antes que nada, decídme, ese jóven (*por Julio*, no fué discípulo de Carnet?

DUMONT. En efecto, y muy querido del célebre pintor.

TARHE. Ya sabeis que Carnet fué partidario del funesto Danton?...

DUMONT. Lo sé: tambien yo admiraba á ese ardiente patriota.

TARHE. Vos!!... (*Con estrañeza*)

BASTIEN. (*Aparte á Julio.*) Resellado digísteis?

JULIO. (*Aparte á Bastien.*) Si, era de los maratistas; demagogo de taberna y ahora...

TARHE Reservad, amigo Dumontel, esas manifestaciones; felizmente restaurada la monarquía, es peligroso demostrar simpatías por el gobierno desdichado del terror.

DUMONT. Hablemos de otra cosa; deciais...

TARHE. Que seré el mas feliz de los hombres si conseguís para mi la mano y el amor de vuestra hija: bien lo sabeis; mi posicion no es despreciable; soy caballero de la legion de honor y gozo de gran favor en el gobierno. (*Siguen hablando.*)

JULIO. Ah, señor Bastien, aborrezco á ese hombre; él vendió por un miserable destino á sus compañeros del club de Juan Jacobo!...

BASTIEN. Es una desdicha que todo ciudadano no sepa trabajar; pendiente de la pública censura, perturbada su paz con las intrigas; á qué diablos les sabrá á esos señores el pan que comen!... Y decís que fué de los ardientes?...

JULIO. Sí, engañando con repugnantes exageraciones á los infelices que creian en su puritanismo.

BASTIEN. Y habeis llegado á pensar que á un hombre tal aceptará el obrero mas honrado de París, como hijo suyo!... Cá! es imposible.

DUMONT. Perdonad que os interrumpa señor Tarhé; no quisiera que tratáramos de eso; solo exijo del que haya de ser esposo de mi hija, una cosa: el honor: lo demás se adquiere, y si no se adquiere, no es de absoluta necesidad. Cualquiera de las esposas de un pundonoroso artesano no cambiaria su hogar modesto y apacible por los dorados salones de un alcázar. Yo os conozco; sé que sois todo un caballero, y esta cualidad, por su propia virtud, me tiene de vuestra parte; pero advertid que no soy yó quien ha de resolver en este asunto.

TARHE. Cómo!...

DUMONT. Jamás; la autoridad de un padre como la autoridad de un rey, no debe nunca ser soberana de la conciencia de sus hijos.

TARHE. Ella es niña aun y podría...

DUMONT. Las leyes de la Naturaleza obran siempre sin pararse en las edades: yo os prometo cumplir con vuestro encargo; por mi parte os doy las gracias y mañana tendré el honor de manifestaros la voluntad de mi hija, la cual deseo que os sea favorable.

JULIO. (*Aparte á Bastien, habiendo oido las últimas palabras de Dumontel.*) Bastien, Bastien, Lucía contestará sin saber que su asentimiento vá á hacerme desgraciado!

BASTIEN. Buen remedio; hacédselo saber.

JULIO. No: no me atrevo.

BASTIEN. Señor Julio, sois un jóven harto temeroso; vereis como se arreglan estas cosas. (*Tomando su sombrero.*)

JULIO. ¿Qué vais á hacer!...

BASTIEN. ¿Qué! A cumplir mi deber: á allanar la senda á mis amigos: á decir á Lucía que ese señor engaña á su padre y que apesar de la cinta de su ojal y de su formal aspecto, es... un... es... eso que en los talleres llamamos un bribon. (*Disponiéndose á marchar, puerta derecha.*)

JULIO. No, no vayais.

BASTIEN. A decirla tambien que vos...

JULIO. Callad, Bastien!...

BASTIEN. Que vos sois un cobarduelo... (*Váse precipitadamente*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* BASTIEN.

Tarhé se levanta, estrecha la mano de Dumontel, sale del escritorio con direccion á la puerta del fondo; al pasar al lado de Julio, se lanzan una mirada de ódio recíproco. El diálogo siguiente le empezará Tarhé en tono de consigna despues con soberbia autoridad.

TARHE. (*Al paso; aparte á Julio.*) Ortiga!...

JULIO. La conozco; tambien la conocísteis vos. (*Desden.*)

TARHE. Andad con piés de plomo!... (*Amenaza.*)

JULIO. Comparad vuestra frente con la mia...

TARHE. Sois un conspirador!...

JULIO. Y vos sois un miserable.

TARHE. Acordaos de Carnet! .. (*Con tono siniestro.*)

JULIO. Ese recuerdo debiera sonrojar vuestras megillas sino estuvieran cristalizadas por la infamia.

TARHE. Basta! Soy el Comisario de policía; no lo olvideis. (*Cruza Julio los brazos con magestad.*) Sabed que pretendo enlazarme con la hija de vuestro patron...

JULIO. . Lo pretendeis en vano.

TARHE. ¡Ay, del desgraciado que me estorbe! (*Váse.*)

ESCENA V.

JULIO Y DUMONTEL.

Dumontel que ha quedado en actitud reflexiva se levanta, y terminando su monólogo se dirige á Julio que está profundamente impresionado.

DUMONT.. Es necesario que mi hija se case: huérfana y sola, ha cumplido la edad de la mujer. ¡Pobre hija mia, que Dios te dé acierto para elegir esposo! (*mirando el reloj.*) Pronto dará la una, los obreros volverán á su trabajo y vos, señor Julio, aun sin almorzar: pero ¡qué es esto! estais reflexivo, ¿qué os sucede?

JULIO. Nada, señor Dumontel; esperaba vuestras órdenes. (*Mal disimulando su preocupacion.*)

DUMONT. ¿Conoceis al señor Comisario de policía?...

JULIO. Ahora le he visto. .

DUMONT. ¿No le conocíais ya antes? (*Esplorándole.*)

JULIO. (*Dudando.*) Sí!

DUMONT. Necesito que me hableis de ese caballero (*aparte*) Parece impresionado desde que le vió! (*alto*) y os invito á almorzar en nuestra compañía.

JULIO. Dispensadme, señor Dumontel, pero...

DUMONT. Qué! ¿os negais á darme un buen consejo que tal vez necesite de vos?

JULIO. Respecto de...

DUMONT. Respecto del señor Tarhé; ya sabeis que pretende honrarme con su ingreso en mi modesta

familia; vos le conoceis antes que yó y para hablar de sus cualidades os convido á almorzar; ¿aceptais?...

JULIO. (*Tomando una resolucion.*) Oh, sí, acepto.

(*Dumontel toma su brazo y vánse: Bastien entra en el acto.*

BASTIEN. Todo lo sabe: dadme las gracias. (*Aparte á Julio.*)

JULIO. (*Aparte*) Sea!... (*Estrechando la mano de Bastien.*)

ESCENA VI.

BASTIEN, *enseguida* NORMAN.

BASTIEN. ¡Pues no faltaba mas sino que nuestro escelente camarada fuera pospuesto por un... vamos, no doy con la palabra; por un enlevitado como el señor Tarhé, que apesar de cuanto quiera no tiene buena catadura; pequeña diferencia existe entre la blusa del señor Julio y la pieza de paño de la levita del Comisario!... Además, yo no entiendo de política ni esto, (*una uña*) pero de un vendeano viejo á un jóven demócrata hay una diferencia, que la señorita Lucía sabrá apreciar mejor que yo. (*Entra Norman: enseguida los demás obreros que irán ocupando sus puestos, procurando que la escena ofrezca el mismo golpe de vista que al alzarse el telon.*) Ola! ya está aquí la gente: adios, bravo Norman, ¿se ha hecho por la vida?

NORMAN. Si, señor Bastien; muchas gracias.

BASTIEN. Ahora, á ganarla de nuevo, no es verdad?

NORMAN. Oid, la una en punto. (*Dá la una.*) Ese reloj contesta por nosotros. (*Se disponen á trabajar todos.*)

BASTIEN. Dichosos los hombres que acomodan su tiempo al reloj y la vida al trabajo, fuente de todos los beneficios!.. Muy bien, amigos mios; ahora que es la una, me toca almorzar á mí. (*Váse.*)

El telon cae pausadamente.

ACTO SEGUNDO.

Sala modestamente amueblada: puerta al fondo: puertas interiores á derecha é izquierda: mesa á la derecha del espectador: á la izquierda un velador donde Dumontel y Julio acaban de tomar café: á su lado una chimenea. Sobre el velador una paleta de pintar en la cual está incrustrado un medallon.

ESCENA I.

DUMONTEL Y JULIO.

DUMONT. Está visto, amigo mio: no encontrais un hombre honrado, sin antes tocar con cien miserables. ¡Desgraciada sociedad! Tal se halla, que muchas veces reniega de ella el hombre decoroso. ¡Y es la sociedad, sin embargo, el dignísimo distintivo de la raza humana!.. Pero continuad: deciais que Carnet...

JULIO. Carnet al partir á su destierro, destierro que habia de causarle la muerte, me hizo una solemne revelacionque vivamente impresionó mi alma.—Julio, medijo; dispuestos los nobles á abandonar la pátria recogian sus tesoros precipitadamente para llevarlos á extranjera tierra; el pueblo, ofendido en sus mas caros sentimientos, se vengaba, arrebatando á mas de un noble sus pequeños hijos; de este modo pensaba obligarles á quedar en el pais, y si no lograba su anhelo. al menos conseguía educar modesta pero laboriosamente, haciendo útil á la pátria, al vástago que tal vez en medio del fausto de los palacios no hubiera jamás sido buen ciudadano. Asi,

el pueblo, como siempre, con buen instinto, aunque inconvenientes formas, hacía que el hijo en la ciudad recompensára la falta del padre, que en el campo dió lugar á la Vendeé, volcan horrible que al sepultar las glorias nacionales venia á incendiar la tranquilidad pública y á oscurecer el sol de su regeneracion con las funestas sombras del pasado...

DUMONT. Esas eran sus palabras de siempre! Continuad.

JULIO. De uno de esos talleres, me decia Carnet, os recogí yo: teniais en vuestro cuello, pendiente de una cadenilla de plata, un medallon de diamantes; vuestro patron al enviaros á mi lado, me lo entregó fielmente y yo os lo devuelvo ahora.

DUMONT. Honradísimo Carnet!.. ¿Y despues?..

JULIO. Despues recomendóme que cultivára la pintura y me regaló á su despedida, la paleta que estais viendo; en ella incrusté el medallon que veis... (*Dumontel examina la paleta.*)

DUMONT. Y que puede ser una prenda de familia!..

JULIO. Por eso cuando trabajo; cuando solo, con mi paleta en la mano recuerdo á mi querido maestro y pienso en mis desconocidos padres, una lágrima de amargura rueda de mi pupila á la paleta, de la paleta al medallon.

DUMONT. En verdad, señor Julio, que es vuestra historia bien conmovedora; ahí, en ese crisol, se aquilatan y depuran las virtudes; así, nada temais; Dios no ha de abandonaros nunca; entre tanto, es preciso aplastar la cabeza á ese mónstruo de Tarhé; él puede ser un formidable enemigo.

JULIO. Solo desprecio me inspira ese hombre. (*Levantándose.*)

DUMONT. Es el Comisario de policía, y además, de vuestras declaraciones se desprende que es un enemigo vuestro.

JULIO. ¡Ah! Señor Dumontel, yo tenia que deciróslo todo, porque ello podia interesar al porvenir de vuestra hija.

DUMONT. Gracias, señor Julio, ya esperaba yo de vos un saludáble consejo. (*Dándole la mano.*) ¿Terminásteis vuestras operaciones?

JULIO. Si me dais vuestro permiso, voy á hacerlo. (*Aparte.*) Si, tengo que marcharme antes de que venga ella, porque hoy mismo necesito dar término á mis vacilaciones.

DUMONT. Id pues, amigo mio, y tened la bondad de decir á Bastien que suba.

JULIO. Hasta luego. (*Toma su sombrero y váse fondo.*)

DUMONT. Hasta luego.

ESCENA II.

DUMONTEL; *despues* LUCÍA.

DUMONT. Pobre jóven. será su alma un tormento sin fin! Solo en el mundo, generoso y bueno, ¿cómo ha de encontrar en su camino un sér que le comprenda?.. ¿Quién podrá hacerle feliz?

LUCIA. Yo, padre mio deseaba encontraros solo, y por haberlo conseguido doy gracias á Dios.

DUMONT. Hoy ha sido dia de sérias ocupaciones...

LUCIA. Decid mas bien de importunas visitas

DUMONT. En efecto, hija mia, no me habrás agradecido mucho la de Julio y su presencia en la mesa.

LUCIA. No, no es eso precisamente; pero necesitaba yo tambien pediros con seriedad una opinion.

DUMONT. No hablemos mas del señor Tarhé (si á él vas á referirte.) Despues de tu negativa he sabido algunos rasgos de su historia y no me perdonaré nunca el haberte hablado de ese hombre!

LUCIA. Es que no se trata de ese buen señor ahora..

DUMONT. No te comprendo, Lucía. (*Lucía se sienta y juega con la cucharilla del café que tomó Julio.*)

LUCIA. ¿Que os parece el jóven que ha tomado café en este sitio?

DUMONT. Julio?

LUCIA. Sí, Julio.

DUMONT. Un escelente artista, de corazon franco y honrado, de incomparable génio; laborioso, formal, en fin, uno de los mejores de Paris; pero todo esto no puede interesarte mucho!..

LUCIA. ¡Cómo! ¿No habeis hablado de Julio con Bastien!..

DUMONT. Y apropósito de qué hija mia?..

LUCIA. Nada os ha dicho ese charlatan y á mi me ha hablado como si fuera con vos asunto convenido..! (*Amostazada. Dumontel vá comprendiéndola.*)

DUMONT. Pero, sepamos; ¿Qué es lo que Bastien te ha dicho?

LUCIA. (*Aparte.*) Si será una vision de ese majadero! (*Alto.*) Me ha dicho un momento antes de que subierais á almorzar.—Vuestro padre vá á proponeros una pretension amorosa del señor Tarhé: de vuestra aceptacion depende la felicidad del señor Julio: antes de resolveros, pensadlo bien; pues el señor Dumontel deja á vuestro albedrío el término de este asunto.—Agregó otra porcion de frases por el estilo que no recuerdo, y al veros yo ahora solo, despues de tan larga conferencia con el señor Julio, queria preguntaros... (*Turbada.*)

DUMONT. Paréceme, Lucía, que tu inocencia te hace pensar de una manera inconveniente...

LUCIA. (*Confundida.*) Yo os juro padre. .

DUMONT. Julio te habló de amor alguna vez?..

LUCIA. Nunca.

DUMONT. Entonces, por qué das plaza en tu pueril imaginacion, á las ideas que temo comprender en tus palabras..?

LUCIA. Bastien me dijo...

DUMONT. Bastien es un mentecato!..

BASTIEN. Exacto! (*Entrando.*)

ESCENA III.

DICHOS; BASTIEN.

BASTIEN. ¿Pero apropósito de qué me largais esa lisonja?

DUMONT. Acércate; ¿Qué has hablado con mi hija acerca del señor Julio?..

BASTIEN. Yó, señor Dumontel, tengo el uso de la palabra para decir lo que siento, no para inútiles artificios de lenguage. Mi amigo el señor Julio, á quien quiero muy de veras, me manifestó lo mucho que sentía que el señor Tarhé pensára en vuestra hija...

DUMONT. Y eso te induce á...

BASTIEN. Perdonad, no he concluido: vuestro pintor de adornos, en una palabra, está ciegamente enamorado de la señorita Lucía. (*Movimiento de satisfaccion en Lucía: de contrariedad en Dumontel.*) Y como el amor es mas tímido cuanto mas puro se siente, por nada en el mundo el señor Julio os lo diria y por nada en el mundo callaría yo lo que debe saberse.

DUMONT. Basta.

BASTIEN. Reconvenidme, reconvenidme si os parezco indiscreto, pero hice mi deber como ahora le hago, añadiendo...

DUMONT. Ni una palabra mas.

LUCIA. Dejadle que hable!.. (*Dumontel reflexivo.*)

BASTIEN. Qué! ¿Quereis, señor Dumontel, reñir ahora conmigo?... ¿Ya no os inspiro confianza?.. A que despues de veintitantos años de amistad y buena armonía venís á poner la cara séria á este pobre diablo de Bastien, que solo anhela vuestra dicha!..

LUCIA. Pobre Bastien. (*Intercediendo.*)

DUMONT. ¡Será posible! Pero yo no debo consentirlo. (*Aparte.*)

LUCIA. (*Aparte á Bastien.*) ¿Y qué ibais á agregar? ¿era de Julio! .

BASTIEN. Si; iba á entregaros esta carta que me dió para vos. (*Enseñándola una carta.*)

LUCIA. Para mí! . Ah, dadmela. (*Mal disimulada alegría.*)

BASTIEN. Nunca; parece que á vuestro padre le enojan estos amores: yo no lo hubiera creido, pero él tendrá sus razones.

DUMONT. (*Aparte.*) Nunca un padre debe imponerse á la conciencia de sus hijos! Pero yo debo evitar que esta llama tome proporciones. (*Alto á Bastien.*) Perdona, mi querido Bastien, si estuve severo contigo por un momento; nunca me ha gustado que los asuntos que á mi hija se refieren se traten sin mi intervencion, por lo mismo que jamás me opongo á sus resoluciones. No puede hacerse mérito de las vagas esplicaciones á que te refieres; además, ese jóven no tiene apellido y... ¡quién sabe si algun dia él ó nosotros tuviéramos que arrepentirnos de irremediables ligerezas!.. No hablemos mas del asunto; y tú, hija mia, no albergues en tu juvenil inteligencia ideas respecto del señor Julio, yo te lo suplico: marcha, Bastien, á prevenir al señor Comisario mi visita. (*Aparte.*) Es forzoso cumplir con este hombre, aunque me cause rubor pisar la casa de un infame.

BASTIEN. Voy enseguida; pero antes, decidme, ¿qué he de hacer con esta carta?..

DUMONT. ¿De quién es?

BASTIEN. Del señor Julio.

DUMONT. Para quién?

BASTIEN. Para vuestra hija. (*Dumontel vacila.*)

DUMONT. ¡Dádsela! (*Aparte.*) Lo quiere el Cielo!.. (*Váuse Dumontel por la derecha: Bastien fondo.*)

ESCENA IV.

LUCIA, *despues* JULIO.

LUCIA. Será cierto, buen Dios!.. El me ama, él, el único hombre objeto constante de mis pensamientos!..

Y mi padre no mira con gusto su amor, el amor de Julio, que llena toda mi alma! Perdon perdon padre mio, pero no le puedo olvidar...! ¿Mas qué dirá en esta carta?.. quiero leerla, sí, quiero ver si me ama como le amo yo! (*Se dispone á abrirla.*) Pero no; mi padre me ruega que no le atienda y nunca deben desoirse los ruegos de un padre... ¡Pero si no puedo!... cada latido de mi corazon es un sí para Julio (*Se dispone á salir: puerta izquierda.*)

JULIO. Perdonad, señorita... (*Acercándose con turbacion.*)

LUCIA. (*Aparte con espresion.*) El!.. (*Alto.*) Ah! sois vos, señor Julio!..

JULIO. ¿Os contraría mi presencia?..

LUCIA. (*Sin escucharle.*) ¿Me habeis dirigido esta carta con Bastien?..

JULIO. ¿No la habeis leido aún?

LUCIA. Nó. (*Dejándola sobre la mesa.*)

JULIO. (*Aparte.*) No me ama!.. (*Alto*) ¿Desdeñais tal vez..?

LUCIA. Es que para leerla necesito el permiso de mi padre... Y como no me atrevo, sino lo tomais á mal, yo os suplico que le pidais vos por mi ese permiso...

JULIO. Yo!!. (*Estrañeza.*)

LUCIA. Qué! ¿cuanto se habla á una hija no puede comunicársele á su padre?..

JULIO. Es que en esa carta os hago partícipe de un secreto que he debido ocultar toda mi vida.

LUCIA. Secreto que avergüenza?

JULIO. ¡Oh, nó!

LUCIA. Entonces, señor Julio pedid á mi padre su permiso; pedídsele... y despues...

JULIO. Despues!.. (*Con ansiedad.*)

LUCIA. ¡Ah... No me entendeis!.. (*Señalando puerta derecha.*)

JULIO. (*Comprendiendo.*) Gracias, gracias!.. (*Váse por derecha.*)

ESCENA V.

LUCIA, *despues* TARHÉ.

LUCIA. ¿Qué le dirá, Dios mio!.. Que no sufra mucho tiempo esta ansiedad!.. No tiene apellido!.. ¡Madre, que estás en la gloria, que le tenga honrado y modesto como el mio!.. (*Queda reflexiva.*)

TARHE. (*Aparte, dintel, puerta fondo.*) Ella! Pensativa y sola, seguramente aceptará mi mano .. Humilde es su profesion, pero Dumontel es rico: muy rico... (*Intencion.*) ¡Mas tal vez de lo que las gentes creen... (*Acercándose respetuosamente.*) Señorita Lucía... Perdonad mi importuna visita, pero no he querido que vuestro padre se moleste, y vengo á recibir sus órdenes.

LUCIA. (*Aparte; con repugnancia.*) El señor Tarhé. ¡Oh, qué hombre tan insoportable!.. (*Alto.*) Señor Comisario, mi padre os agradecerá en cuanto vale vuestra bondad y os ruego me permitais avisarle.

TARHE. No os incomodeis hermosa joven: el asunto de que vuestro padre quiere hablarme os es ciertamente conocido y mas que él podeis decirme vos. Además, siento á vuestro lado tan dulce bienestar...

LUCIA. (*Interrumpiéndole.*) Perdonad, señor Tarhé, voy á anunciarle vuestra llegada. (*Saluda y váse: Tarhé la sigue con la vista.*)

ESCENA VI.

TARHE.

TARHE. Es hermosa y parece sencilla; no debe estar en interioridades del asunto célebre... Ah! Y como engañan al mundo estas gentes de apariencia honrada!.. (*Se sienta á la mesa.*) Todos se deshacen en lenguas en su abono: «Dumontel es un constructor inteligente: tiene un especial sistema en su

taller: remunera á sus operarios con justicia, les obliga á instruir á sus hijos, les paga él los profesores y por esto sus operarios le aman y su capital aumenta.» ¡Qué estúpido es el vulgo!.. Pero ¡báh! siempre la honra se ha valuado así, poco mas ó menos; ¡apariencias, apariencias! Hé aquí la gran virtud de la estirpe humana!.. Logre yo enlazarme con la bella Lucía, y lo demás... (*Vé la carta.*) Ola, una carta!.. (*Lee el sobre.*) Diablo!.. Para la señorita Lucía; y es letra de hombre!.. Ardo en deseos... Si tardáran en venir!.. Pero á qué vacilo!.. Acaso no soy el Comisario de policía? (*La abre.*) ¡Qué es esto!.. Un billete de amor!.. (*Con ira creciente.*) Y firmado por Julio!.. ¡Oh rabia! el carbonario del Club de Juan Jacob... Desdichado!.. (*Dando un golpe de cólera en la mesa: súbita transicion.*) Pero quieto, Tarhé... quieto: á estos galopines se les caza. (*Con fruicion.*) Las exaltaciones solo sirven para fanatizar al populacho!.. (*Con desprecio: cierra la carta y la deja.*)

ESCENA VII.

TARHE, DUMONTEL Y JULIO.

TARHE. (*Aparte.*) ¡Estaban juntos! ¡Ah, desgraciados sino he logrado mis deseos!.. (*Se reprime y alarga á Dumontel la mano que este como distraido no acepta.*) He querido anticiparme..

DUMONT. Mal hicisteis, señor Comisario; yo os hubiera evitado esta molestia; pero ya que estais aquí, tened la bondad de tomar asiento. (*Le ofrece una silla. Julio prudentemente al fondo.*) He hablado de vos á mi hija y...

TARHE. Perdonad, pero ese joven... (*Por Julio que vá salir.*)

DUMONT. Quedaos, señor Julio. (*Tarhé debe espresar en esta escena los mas vivos efectos de contrariedad.*) A ese joven podeis considerarle como á un indivíduo de

la familia. (*Toma la carta, la examina fijando en Tarhé una mirada de desconfianza.*) ¿Es esta vuestra carta? (*A Julio.*)

JULIO. Sí.

DUMONT. (*Dudando un instante.*) Pues bien; dádsela y vos mismo leédsela. (*Procurando herir á Tarhé.*)

TARHE. (*Aparte.*) Qué oigo!.. (*Con despecho.*)

JULIO. ¡Oh, gracias! (*Váse puerta izquierda: cruza con Tarhé mirada de triunfo.*)

DUMONT. (*Continuando impasible.*) He hablado de vos á mi hija, la he manifestado vuestra pretension y contesta que no puede aceptar tanta honra como la ofreceis; que os dá las gracias y que siente mucho tener que responder con una negativa á «todo un caballero de la legion de honor.» (*Pausa.*)

TARHE. Cómo! Vuestra hija rehusa mi nombre, desdeña mi mano!. (*Mal reprimiendo su cólera.*)

DUMONT. Tanto os asombra! Pues no lo tomeis á mal; es una niña y no tiene la experiencia y el necesario cálculo para saber apreciar vuestra importancia: ya se vé; no ha tratado nunca mas que con sencillas gentes y no se atreve á enlazarse con un hombre de... vamos, de vuestra historia y de vuestra categoría. (*Con intencion que irá creciendo todo el diálogo.*)

TARHE. (*Aparte.*) Ah! Bribon, te compadezco!.. (*Alto.*) En vuestras palabras, advierto Dumontel una irónica intencion que pudiera seros perjudicial.

DUMONT. Nada de eso, señor Comisario: es que, por desgracia, no siempre la verdad halaga á los oidos. Mi hija no os ama; es mas; no quiere ni puede amaros. Vos no esperabais semejante resolucion y como os contraría, pensais que es irónico mi acento, cuando muy lejos de eso, yo habia llegado á envanecerme con ser vuestro padre político.

TARHE. Y ha de pesaros el no serlo. (*Con marcada intencion.*)

DUMONT. ¡Qué!.. (*Con noble altaneria.*)

TARHE. Lo digo porque tal vez no se os presente otra

ocasion, á menos que alguno de vuestros operarios no os fuera mas aceptable..!

DUMONT. Posible fuera: no todas las glorias, señor Tarhé, dependen de los colores de una cinta: alguna corresponde á los que se componen en una paleta como esta. (*Mostrándosela.*) Mirad, mirad qué hermoso medallon.

TARHE. (*Aparte.*) Desgraciado de tí! (*Con ira reconcentrada.*)

DUMONT. (*Imperturbable.*) Vos debisteis conocer á su dueño: al de la paleta, digo.

TARHE. Señor Dumontel, no comprendo que os proponeis...

DUMONT. Sí, debísteis conocerle; mas aún; debisteis ser en otra época hasta amigo suyo; es decir, amigo de cierto modo, y hasta cierto punto... (*Con intencion.*)

TARHE. Acabad!.. (*Con gran despecho.*)

DUMONT. (*Con energía.*) Esta paleta perteneció á Carnet, al pobre Carnet, que siendo un gran pintor, esperanza de la pátria, murió en el destierro, vendido por un... canalla, que anda ahora por ahí!

TARHE. Dumontel!! (*Levantándose sin contener su ira.*)

DUMONT. Que anda ahora por ahí... y que mirado de espaldas, se parece mucho á...

TARHE. ¿A quién?..

DUMONT. A vos, señor Comisario, á vos se parece mirado por la espalda.

TARHE. Os burlais de mi Dumontel y es preciso que tembleis ante mi enojo!

DUMONT. (*Impasible.*) El buen Carnet regaló esta paleta al dueño de este medallon, como recuerdo de artista.

TARHE. Y ese medallon?..

DUMONT. Ese es de Julio; de ese joven que era amigo de Carnet; amigo, no como vos, se entiende.

TARHE. Sí, y ese Julio á quien tanta confianza dispensais, es...

DUMONT. Mi amigo...

TERHE. Y el amante de vuestra hija que...

DUMONT. (*Ofendido.*) Esa lengua!..

TARHE. Sí: el amante de vuestra hija á quien escribe billetes con vuestra aquiescencia.

DUMONT. Eh!.. Ya sospechaba que habriais sido tan osado..

TARHE. (*En el colmo de su cólera.*) Sí, la he abierto; ¿Sabeis por qué? Porque la policía tiene el deber de escudriñar los papeles en casa de los malhechores. (*Dumontel se arroja á él con fuerza.*)

DUMONT. Mil veces miserable!.. ¿Qué habeis osado decir? (*Sale Julio, á su presencia Dumontel se reprime, Julio contempla el grupo con estrañeza.*) Silencio, silencio ahora; mas tarde... callareis eternamente!!.

JULIO. (*Aparte.*) Qué pasa aquí!.. (*Asombrado*)

TARHE. Considero á ese hombre como á un individuo de la familia!

ESCENA VIII.

DICHOS, JULIO *despues* LUCIA.

TARHE. Inútil es ocultar por mas tiempo el cumplimiento de mi penoso deber. Nicolás Dumontel, yo os habia pedido la mano de vuestra hija, pero hoy renuncio á esa pretension hasta que respondais ante los Tribunales á algunas preguntas de alta gravedad!..

JULIO. (*Aparte.*) ¡Qué escucho!

DUMONT. (*Aparte.*) ¿Qué dice este hombre!!.

LUCIA. Padre!! (*Saliendo y dirigiéndose á Dumontel.*)

TARHE. Parece que hace veintiun años cierto maestro de postas acompañó en su fuga á un noble y le robó en el camino una respetable cantidad en joyas y dinero: poco tiempo despues, ese maestro de postas estableció un magnífico taller de coches de los mejores de París: en el dia, sinó fuera por el vuestro, podria asegurarse que es el mejor: ese maestro de postas, mirado así por la espalda, se parece señor Dumontel á vos mas de lo que convendria á vuestra escelente reputacion y...

DUMONT. (*Con la frente alta.*) Basta!.. miserable; salid de

mi casa: idos, ladron de honras, y cumplid con vuestro infame deber de delator!

LUCIA. Padre mio! (*Asida á Dumontel.*)

TARHE. No he concluido: observo que en muy estrecha compañia vive con vos un carbonario amigo de Carnet: veo sobre ese velador una prenda que recuerda á aquel desdichado perturbador y yo en nombre de la Ley!... (*Vá á apoderarse de la paleta.*)

JULIO. ¡Atrás, vendido!... (*Con imperio.*) Atrás; no profaneis con vuestras envilecidas manos esa paleta. (*Julio debe al expresarse obligar con su actitud á retroceder á Tarhé.*) Atrás, malvado! y para hablar de un patriota descubrios primero; (*Tarhé lo hace agobiado por el peso de la actitud de Julio.*) Y ante ese recuerdo, no lleveis una condecoracion bajo la cual no late un corazon leal! (*Arrancándole la cinta que arroja al suelo. Tarhé retrocede.*)

TARHE. (*Aparte.*) Oh! infierno!... Más! Más!... Escitad al tigre, que así será mas formidable su venganza!!

DUMONT. Salid, traidor: idos donde no alienten pechos generosos!

TARHE. (*Marchando, con la mirada torva.*) La catástrofe está encima!!.. (*Aparte. Váse puerta fondo.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *menos* TARHE.

Julio lleno de amargura, duda un momento del honor de Dumontel: este le mira y le comprende. Lucia abrazada estrechamente á su padre. Cuadro.

JULIO. (*Aparte.*) ¡El ante los tribunales por ladron... Ah!... Es imposible!

DUMONT. Julio! Miradme al rostro. ¿Veis serena mi frente?... Sin embargo, es cierto cuanto ha dicho ese hombre: en mi poder existe un tesoro que no es mio.... (*Pausa.*) Dí, hija mia: tu no sabias nada de esto, no es verdad? Pero tú no me crees capaz de ser ladron, no es cierto?...

LUCIA. Oh!... Nunca, nunca. . (*Estrechándole.*)

DUMONT. (*A Julio; con gran nobleza.*) Y vos?.. Y vos, que pretendeis la mano de mi hija..?

JULIO, (*Abatido.*) Señor!...

DUMONT. ¡Dudais?...

JULIO. Imposible, imposible!... (*Se acerca al grupo.*)

DUMONT. ¡Pero habeis dudado!... Sois digno de mi hija!!.

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

Decoracion del acto anterior. En la mesa recado de escribir. (Sobre la chimenea habrá quedado la paleta.)

ESCENA I.

BASTIEN Y NORMAN.

BASTIEN. Contadme, amigo Norman, contadme cuanto por ahí se dice. Maldito Comisario!... desde que pisó esta casa ha desaparecido aquella alegría que no se interrumpió jamás. Me lo daba el corazon: es siniestro el aspecto de ese hombre: además, rara vez esos caballeros traen nada bueno á las casas de los artesanos. Sino nos despreciaran tanto, pensaría que tienen envidia á nuestra situacion. El señor Dumontel, triste y pensativo como cuando la muerte de su escelente esposa: la señorita Lucía llorando sin cesar. Julio, !ah! lo que es Julio, causa miedo; parece que vá á perder el juicio: y todo por ese miserable...

NORMAN. Todo por él, señor Bastien.

BASTIEN. Hombre funesto!... Y bien, decíais...

NORMAN. Que se han difundido por el barrio los rumores mas increibles. (*Con misterio*). Dícese, que el señor Dumontel vá á ser hoy mismo conducido ante el tribunal!

BASTIEN. Eh!... (*Con mal humor.*)

NORMAN. Sí; por acusacion del señor Comisario: se le acusa de... (*Con misterio.*)

BASTIEN. De conspirador tal vez!...

NORMAN. Oh, señor Bastien, es mucho más grave!

BASEIEN. Acabad; de qué se le acusa al hombre mas honrado entre todos los honrados?

NORMAN. (*Muy bajo.*) De haber robado...

BASTIEN. Alto ahí: no acabeis de hablar señor Norman. (*Despechado.*) Ah!... Canalla, canalla!... ¿pero es posible que semejantes hombres ostenten una condecoracion de honor?

NORMAN. Dicen que el señor Julio se la arrancó del pecho.

BASTIEN. El señor Julio es todo un hombre: pero es preciso mas; (*con rabia*) mucho más; es preciso arrancarle el corazon sobre el cual se ostenta...

NORMAN. Yo os juro que si causa á nuestro patron el mas ligero daño! ..

BASTIEN. Es nuestro patron invulnerable; por todas partes donde le ataquen está acorazado por el mas acrisolado honor. En cuanto á lo demás, Norman, tiene Dumontel alientos para veinte Comisarios como ese. Dejadle que le lleven al banquillo: él irá con la frente serena y volverá con su reputacion intachable; despues... ¡ah! lo que es despues, ya sabe Dumontel lo que se hace con las vivoras!

ESCENA II.

DICHOS, UN POLICIA.

POLICIA. Vive en esta casa Nicolás Dumontel?

BASTIEN. El señor Nicolás Dumontel, querreis decir.

POLICIA. ¿Está?

BASTIEN. Sí... qué le quereis?

POLICIA. Necesito trasmitirle una órden.

BASTIEN Bien está: ¿ha de ser personalmente?

POLICIA. Sin duda

BASTIEN. Esperad. (*Váse puerta derecha.*)

NORMAN. (*Aparte.*) Tal vez la órden de prision!. . no debemos consentirlo y no lo consentiremos... Un hombre como él no debe respirar ni un momento el

corrompido ambiente de las prisiones. (*Al policía.*) ¿Sois un subalterno del señor Tarhé? (*Pausa.*) Ah! no contestais! será vuestra consigna. Es igual: decidle que ¡ay de él si..,!

ESCENA III.

DICHOS, DUMONTEL Y BASTIEN.

DUMONT. Silencio, Norman; el señor Comisario, cumple con su deber, y este hombre lo mismo: (*al Policía*) qué me quereis?

POLICIA. ¿Sois Dumontel?

DUMONT. Sí.

POLICIA. Este pliego para vos. (*Se le entrega: pausa.*)

DUMONT. (*Leyendo.*) «Se os acusa de robo y abuso de con»fianza. Hoy á las tres en punto os presentareis »en las oficinas de policía, ante el señor Conde »de Kernudec...» (*Recordando.*) Kernudec...! yo conozco este nombre... ah! sí; ya recuerdo: es él... ¡ah, Dios! gracias... ahora lo comprendo todo. (*Al Policía.*) Decid á ese señor Comisario que á los ladrones no se les previene, á los ladrones se les prende sin demora. Decidle de mi parte que venga á prenderme aquí. (*Váse el Policía.*) Señor Norman, os he llamado para invitaros á las bodas de mi hija Lucía, que han de celebrarse hoy mismo; estended esta invitacion á vuestros camaradas y que á las tres de esta tarde estén todos aquí. (*Váse Norman.*) Y tú, Bastien, amigo mio, es necesario que averigües donde vive el señor Conde de Kernudec: toma un carruaje, vuela y no vengas hasta no haber hallado á este señor: le entregarás una carta que voy á escribir. Es preciso, indispensable que esta carta llegue á su poder antes de las tres de la tarde. (*Se dirige á la mesa y escribe lo siguiente:*

BASTIEN. Escribidla, escribidla, señor Dumontel!...

DUMONT. (*Escribiendo.*) «Señor Conde de Kernudec; sé que »os han avisado para que me pidais esplicaciones »ante el señor Comisario de policía respecto de una »fortuna, que segun la acusacion, os ha sido robada »con abuso de confianza. Vos no recordareis mi »nombre, pero yo no olvido vuestras últimas pa»labras de hace veintiun años. Señor Conde, el »ladron á quien se refiere la policía, soy yo. En »nombre de cuanto mas hayais amado sobre la tierra, »os suplico que honreis mi casa antes de las tres »de la tarde.» Ahora, mi firma; está bien. (*La dobla y escribe el sobre.*) «Al señor Conde de Kernudec.» (*á Bastien.*) Bastien, si la persona á quien vá dirigida esta carta llega á recibirla, me habrás proporcionado el dia mas feliz de mi existencia. (*Se la entrega.*)

BASTIEN. La recibirá ó pierdo yo mi nombre. (*Váse.*)

ESCENA IV.

DUMONTEL, *despues* LUCÍA

DUMONT. Sí, es el mismo: el mismo, oh! y suyo ese tesoro que guardo tanto tiempo!... suprema dicha!... Pero y Julio!... y ese jóven generoso!... temo por él porque su delito es grave! (*Con amargura.*) muy grave!... Desdichada sociedad! aherrojar al hombre creyendo así sepultar á las ideas, cuando las ideas se propagan, se ennoblecen y se aman, cuanto mas es el número de sus mártires!... Pero yo no le abandonaré y hoy mismo tendrá en mi un padre que es el mejor amigo del hombre desventurado.

LUCIA. Padre, ¿quién os llamaba?

DUMONT. La policía, hija del alma: la policía que parece que tiembla al pisar los umbrales de esta casa!...

LUCIA. !Cuánto sufro! .. Temo por vos!... parece que la fatalidad se conjura contra nosotros; contra nosotros que á nadie hicimos nunca mal!...

DUMONT. Nada te inquiete, hija mia, por las apariencias

del suceso, que ha de realizarse en breve. Es el alma del ruin piélago repugnante de corrompidas aguas: es la conciencia de tu padre, roca potente, ante cuya entereza, cuanto mas las aguas baten, más se adorna con rizada espuma! Mírame bien; ya no sufro: lée en mis ojos el deseo de que la hora de la acusacion se acerque: cuanto mas violenta se presente, ha de brillar más la purísima luz de nuestra honra!

LUCIA. Padre!...

DUMONT. Sí, ángel de mi pobre hogar; hoy es el dia de mi mayor ventura; hoy, sobre el fango que pretenden arrojar sobre mi frente, ha de alzarse preciadísima corona!

LUCIA. Será verdad!...

DUMONT. Hoy el rico artesano Nicolás Dumontel vá á demostrar á sus amigos el fondo de sus riquezas. Todos me creen poseedor de gran fortuna, me creen rico porque cumplo con justicia mis deberes. Rico!... A fé mia que no les falta razon. Es rico el hombre que satisface las necesidades mas imperiosas de la vida, las necesidades de la conciencia! (*Con noble orgullo.*)

LUCIA. Pero esa acusacion es una impostura: vos no poseeis ningun tesoro vuestro ni ageno. ¿No es verdad? Decidme eso, decidme que nada tenemos, que somos tan pobres como Julio!

DUMONT. Pronto, muy pronto vas á saberlo.

ESCENA V.

DICHOS Y JULIO.

JULIO. Buenos dias, señor Dumontel!

DUMONT. (*Estrechándole la mano.*) ¿Avisásteis al Notario?

JULIO. Todo está concluido. Solo temo que el infame Tarhé se interponga á mi dicha.

LUCIA. No, no ha de estorbarnos. Dios no puede permitirlo. ¿No es cierto, padre mio?

DUMONT. Dios es el estado de absoluto saber, fondo de absoluta justicia. ¡Tened hijos mios, tened en él siempre esperanza! (*Con solemnidad.*)

JULIO (*A Lucia.*) No pensemos en otra cosa, hoy que es el dia que debemos santificar con su recuerdo!

DUMONT. (*A Julio.*) ¿Estais tranquilo?

JULIO. ¡Oh! Sea yo hijo de tal padre y esposo de la mujer que tanto amo, y vereis como la desgracia huye vencida ante mi felicidad.

ESCENA VI.

DICHOS, NORMAN Y OBREROS.

NORMAN. (*A los obreros.*) Miradles! La dicha se refleja en sus tranquilos rostros! ¿Hay todavia quien pueda dudar de sus conciencias? (*Entrando.*)

DUMONT. Sed bien venidos, amigos mios. (*Dándoles la mano.*)

LUCIA. (*Aparte á Julio.*) Señor Julio.....

JULIO. (*Aparte á Lucía.*) Llamadme Julio solo.

LUCIA. Pronto, muy pronto será.

JULIO. ¡Ah! Qué lentamente corren las horas! (*Aparte.*) A las tres dice Tarhé que he de estar en las prisiones!.... ¿Quién podrá arrancarme del lado de tanto corazon leal?

DUMONT. Pasad adelante, camaradas. El Notario no debe tardar. (*A los obreros.*)

NORMAN. Señor Dumontel, alguno de nuestros compañeros queria quedarse abajo por si el señor Tarhé procurára interrumpir.....

DUMONT. Nunca, Norman, interrumpais la accion de la justicia. El primer deber de un ciudadano es el respeto á las leyes y á los encargados de hacerlas cumplir. Cuando el Sr. Comisario venga á esta casa con carácter oficial, las puertas de ella le serán siempre abiertas con acatamiento!

ESCENA VII.

DICHOS, EL NOTARIO.

NOTARIO. El señor Dumontel me permitirá ofrecerle mis respetos!... (*Saluda á todos ceremoniosamente.*)

DUMONT. ¡Señor Notario! ..

LUCIA. (*Aparte á Julio.*) ¡Julio!...

JULIO. (*Aparte á Lucía.*) Lucía de mi alma!

(*El Notario se sienta á la mesa estiende los papeles. Movimiento de alegria en todos.*)

NOTARIO. Señores, podré ir estendiendo el acta de matrimonio?..,

JULIO. Cuando gusteis!... (*El Notario escribe.*)

DUMONT. Oh!... habrá encontrado Bastien la casa del Conde!... Quiéralo el Cielo. (*Aparte.*)

NOTARIO. Señores! el acto vá á empezar... (*A Julio.*) Vuestro nombre?...

JULIO. Julio!... (*Con gran emocion.*)

NOTARIO Julio, de qué?...

TARHE. En nombre del Rey!!... (*Sensacion.*)

ESCENA VIII.

DICHOS Y TARHÉ *con dos guardias.*

LUCIA. (*Acercándose á Dumontel.*) ¡Padre del alma!

DUMONT. (*Sereno.*) Hablad, señor Comisario de policía!...

TARHE. (*Adelantándose á la escena.*) Nicolás Dumontel, venid conmigo ante el tribunal. (*A Julio con satisfaccion satánica.*) Señor Julio; discípulo de Carnet; carbonario del Club de Juan Jacobo, daos á prision!... (*Movimiento de indignacion en los obreros. Lucia vá á acercarse áJulio.*)

LUCIA. Julio!... Julio!... (*Tarhé se interpone con los brazos abiertos.*)

TARHE. Ni una palabra!!... (*Lucía vuelve á Dumontel.*)

JULIO. Oh!... Dios!... (*Con abatimiento.*)

TARHE. (*A un guardia.*) Apoderáos de esa paleta!...

DUMONT. Puedo saber!... (*El guardia coge la paleta.*)

TARHE. Callad!... (*Julio quiere hablar; Tarhé con un ademan altanero se lo estorba. Tarhé aparte á Dumontel muy bajo.*) Estais á tiempo, Dumontel: vuestra honra está en mis manos... ese hombre está perdido...! aun podeis...

DUMONT. Callad!... (*Se adelanta magestuosamente y toma el brazo de Julio.*) Dadme el brazo...! (*A Tarhé.*) Estamos á vuestras órdenes!...

(*Tarhé les impone la marcha con un gesto de arrogante despotismo. Los obreros, por un impulso de indignacion, quieren interrumpirles: Dumontel les dirige un ademan solemne.*)

Velad por mi hija!

(*Los obreros obedecen; marchan Julio y Dumontel por el centro de todos á colocarse entre los guardias. Lucía cae en el sillon anegada en llanto. Julio la dirige una mirada espresiva.*)

TARHE. (*Con alegría satánica*) ¡Todos son mios!! (*Van á salir.*)

ESCENA IX.

DICHOS Y BASTIEN.

BASTIEN. (*Jadeante interrumpe la desaparicion del grupo que sale.*) Perdí la esperanza de... pero... pero qué es esto!! dónde vais?... ¿qué hace aquí la fuerza armada, aquí, en esta casa...?

DUMONT. (*Aparte á Bastien con ansiedad.*) ¿Viste al conde?...

BASTIEN. Subo á preveniros su llegada, y vos os marchais!...

DUMONT. Viene!!... (*Con estrema satisfaccion.*)

BASTIEN. Está ahí.

TARHE. Marchad!... (*Impaciente.*)

ESCENA X.

DICHOS Y EL CONDE DE KERNUDEC.

(*A presencia del Conde, Tarhé saluda respetuosamente.*)

CONDE. El señor Dumontel!... (*Recordando al verle.*) ¡Qué veo!... yo conozco esta cara!. .

DUMONT. (*Reconociéndole.*) Es él, él mismo! (*Con viveza y trasportado de emocion.*) ¿Recordais de mí, señor Conde?

CONDE. Vos, condujísteis el carruaje que me trasladó á la frontera... ¿sois el dueño de postas del tiempo del terror!...

DUMONT. El mismo, señor Conde: y si quereis prestarme un favor en cambio del servicio que os hice entonces, vos, que gozais de gran favor con el monarca; vos, que habeis contribuido á su restauracion, interceded por este jóven y procurad que quede en esta estancia, hasta que termine la esplicacion que tendré el honor de haceros.

CONDE. Estad tranquilo. (*á Tarhé.*) ¿Sois el comisario de policía?

TARHE. Tengo ese honor, como el de estar á vuestras órdenes.

CONDE. Qué veniais á hacer aquí?

TARHE. Señor Conde, á cumplir con un sensible deber: este artesano que goza de holgada posicion, es el acusado de...

CONDE. Basta. Y este jóven? (*Por Julio.*)

TARHE. Ah!... Ese jóven es... (*Aparte al Conde*) un conspirador.

CONDE. Esperad!...

LUCIA. JULIO. } Qué escucho!... (*Aparte.*)

TARHE. (*Aparte.*) Maldicion!!...

BASTIEN. (*Aparte.*) Si no tengo la fortuna de encontrar á este buen señor... (*Se acerca á los obreros. Lucía á*

Julio. Dumontel domina la escena revelando en su fisonomía inmenso júbilo.)

CONDE. (*A Dumontel.*) Os escucho!

DUMONT. (*Con solemnidad.*) ¡Bastien! ¿Te acuerdas de una maleta cuyo peso no resistian mis fuerzas y que tú me ayudaste á conducir?...

BASTIEN. Sí; hace mas de veinte años.

DUMONT. ¿Te acuerdas dónde la colocamos?

BASTIEN. Ah!... si, en el sótano, con los trastos viejos!...

DUMONT. Ayúdame, amigo mio, ayúdame á conducirla por segunda vez. (*Vánse precipitadamente.*)

CONDE. ¡Será posible! ..

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* DUMONTEL Y BASTIEN.

TARHE. (*Aparte.*) ¡Infierno! (*Al Conde.*) Señor Conde ese hombre se vá y podría...

CONDE. Está bajo mi proteccion, señor Comisario.

TARHE. Sea!... (*Aparte.*) Pero este .. ah! lo que es éste!...

JULIO. (*A Lucía.*) No sé que secreto impulso me hace recobrar las esperanzas de nuestra dicha.

LUCIA. (*Aparte á Julio.*) Ah! Con qué violencia late mi corazon, Julio mio!...

CONDE. (*A Lucía.*) Sois la hija de Dumontel, hermosa niña?

LUCIA. Sí, señor Conde.

CONDE. Y este jóven es vuestro hermano tal vez?

LUCIA. (*Turbada.*) Es...

NOTARIO. Señor Conde, es su futuro esposo para cuya efectividad estoy aquí teniendo la dicha de ponerme á vuestras órdenes! (*Saluda ceremoniosamente.*)

CONDE. (*Aparte.*) Cómo ensancha el corazon la felicidad agena, cuando ya la propia se ha perdido para siempre! ..

TARHE. (*Aparte.*) Oh! conde estúpido! no te opondrás en favor de un enemigo del Estado.

NORMAN. (*A los obreros.*) No entiendo una palabra de lo que pasa aquí.

LUCIA. (*A Julio.*) Y el señor Notario, marchará sin cumplir con su mision?

JULIO. (*A Lucía.*) El cielo haga que nó!

ESCENA XII.

DICHOS, DUMONTEL Y BASTIEN.

(Conduciendo una maleta de cuero. Los personajes deben ocupar los lugares siguientes. Lucía y Julio, derecha del espectador, profundamente preocupados. A la izquierda en primer término, el Conde con expresion de ansiedad: detrás el Notario á la mesa. Tarhé, fondo izquierda, con mirada torva. Convidados, fondo derecha. Dumontel y Bastien se dirigen al centro colocando la maleta sobre la mesa: un momento de pausa.)

DUMONT. El siete de brumario de 1793, cuando la pátria cercada, acorralada por todas las naciones de Europa se disponía á sacudir con ardoroso empuje tan afrentosa amenaza, los nobles franceses abandonaban el suelo que les vió nacer, para conspirar contra ella desde estraña tierra...

TARHE. (*Al Conde.*) ¿Ois?...

CONDE. Silencio: (*A Dumontel.*) Continuad.

DUMONT. Era yo entonces un pobre maestro de postas, sin mas recursos que el amor de mi honrada esposa, horizonte sin fin, que me brindaba con todo género de felicidad. Un noble se acercó á mi casa disfrazado de humilde comerciante, y me propuso que le acompañára á la frontera de España, lanzando mis caballos hasta hacerlos reventar y ofreciéndome el tiple de tarifa. Ese noble, erais vos, señor Conde de Kernudec.

CONDE. Es cierto.

DUMONT. Cumplida mi mision, torné á mi casa anheloso de hallar á mi amada compañera, y ofrecerla la respetable ganancia de mi esfuerzo. En el camino, cubierto por la nieve y desolado por la situacion del país, toqué con un cuerpo estraño; bajéme del pescante creyendo encontrar algun desgraciado transido por el frio, y al descubrirle, hallé la maleta

que estais viendo. Hice inútiles esfuerzos por levantarla, pesaba demasiado para poderla arrastrar por mí solo y volví á mi casa con el propósito de recogerla ayudado por Bastien: así lo hice. Una vez en mi poder, la abrí curioso; y halléla como está llena de luises de oro y billetes del banco. (*Sensacion.*)

CONDE. (A *Tarhé que le interroga con un gesto.*) Sí; es la misma de que os dí cuenta, señor Comisario, la misma, que debió caer del carruaje, en mi precipitada fuga!...

JULIO. Y no tocasteis á nada, no es cierto?...

DUMONT. ¡Y me lo preguntas! ¡*Tres cientos* mil francos es harto pesada carga para el que está acostumbrado á ganar su dinero lentamente...! Señores; excuso deciros que en aquellos tiempos no se pensó jamás en que volvieran estos. Ese tesoro podia pertenecerme y de hecho me pertenecia. Yo era jóven, ambicionaba para mi hija un hermoso porvenir y os confieso sin vergüenza que un dia fuí tentado á disponer de una pequeña parte de ese oro para montar mi industria de constructor de coches: (*Sensacion*) pero el deber me aconsejó en el momento de hacerlo, y en lugar de tomar un solo luis, sellé ese tesoro con el emblema de mi honor. Nadie, ni mi esposa, supo nunca lo que esa maleta contenia: abridla, señor Conde; mirad, señores!...

CONDE. No, no he de abrirla, alma generosa, vuestras palabras me garantizan de...

DUMONT. Abridla, señor Conde, y sirva este acto de ejemplo provechoso para todos mis buenos camaradas y para vos particularmente, señor Comisario de policía...

LUCIA. ¡Padre, padre querido!... (*En sus brazos.*)

JULIO. Lucía de mi corazon. (*Trasportado de alegría.*)

CONDE. Sea por vuestro empeño! (*Abre la maleta y todos se acercan con curiosidad: descubre un martillo y un compás.*) Mas... ¿Qué es esto?

DUMONT. Ese compás y ese martillo, símbolo del trabajo, acompañaron siempre á vuestro tesoro. Yo los co-

loqué ahí para que á su vista huyeran con vergüenza los malos pensamientos. (*A Julio.*) Y bien, Julio; estás satisfecho del padre de tu amada?..

JULIO. Señor!... (*Estrechando su mano.*) ¡Padre mio!

DUMONT. (*Entregándole el compás y el martillo, y abrazándole como á Lucía.*) Estos instrumentos, joyas valiosas del artista, sirvan de norma á tu conducta y de preciado galardon ante el recuerdo mio!...

(Julio con el compás y el martillo sobre el pecho, radiante de felicidad. Dumontel le abraza, así como á Lucía. El Conde reconoce la maleta. Los convidados cercan conmovidos este grupo. Tarhé expresando profunda desesperacion. Bastien llorando conmovido. Cuadro.)

TARHE. (*Al Conde con voz ronca.*) ¿No falta nada?...

CONDE. Todo está intacto! Benditos los pueblos que albergan tales hijos!... Dumontel, pundonoroso obrero, ¿quereis aceptar la amistad leál que os ofrezco desde hoy?

DUMONT. Ved, señor Conde, ved mi recompesa: apenas si puedo sostener tanta dicha, como en otro tiempo no podia levantar vuestró tesoro! (*Estrecha las manos que el Conde le tiende.*)

TARHE. (*Adelantándose con osadía.*) Señor, terminado este incidente, os ruego me permitais ..

CONDE. Esperad!

TARHE. Ved que mi deber exige...

CONDE. Qué?

TARHE. Que me lleve á ese hombre. (*Por Julio.*)

(Todos festejan á Dumontel. Lucía y Julio se acercan al Notario que les felicita.

CONDE. (*A Tarhé.*) Estais seguro?

TARHE. Seguro! Tengo en mi poder un objeto que le acusa... Es un enemigo del Rey.

DUMONT. (*A Bastien.*) Y tú, mi fiel Bastien ¡No me dices nada?

BASTIEN. Ah! Señor, y esa maleta contenia un tesoro!... Sois un hombre: venga esa mano.

DUMONT. No, la mano nó: mis brazos. (*Abrazándole.*)

CONDE. (*Aparte á Tarhé.*) Esperad un solo instante.

TARHE. (*Aparte.*) Nó, no han de librarle vuestras órdenes!

CONDE. (*A Dumontel sacando de la maleta un estuche.*) Me permitireis que ofrezca á vuestra hija mi regalo de bodas?

DUMONT. Sois muy amable.

CONDE. (*A Lucía.*) Servios aceptar, señorita, este presente como prenda de gratitud y afecto á vuestro honrado

padre. No es mucho su valor si se le compara con la grande estima en que le tengo. (*Dándosele.*)

LUCIA. Gracias, señor! (*Abriéndole.*) Mas. . ¡Cómo!... Son de diamantes y quereis, señor Conde, que yo ostente joyas de tanto valor? Ah! es imposible. (*Julio mira el estuche.*)

JULIO. (*Sorprendido.*) ¡Cielos, que rara semejanza!....

CONDE. Ostentadlas con orgullo, hermosa niña: ellas serán un pálido reflejo del brillo que despiden esas herramientas. (*Por el compás y el martillo que habrán quedado sobre la mesa.*) Ostentadlas; son las mismas que en otro venturoso dia ofrecí á la que fué mi esposa.

JULIO. (*Aparte.*) Dios!... Dios mio! El corazon parece que quiere saltar del pecho. (*Contemplando las joyas estasiado*)

TARHE. Señor Conde!... mi deber.....

CONDE. Oh! si; la salud del Estado lo exige.... Pero teneis una prueba?....

TARHE. Vedla señor, Esta paleta perteneció al funesto Carnet!.... (*Entregándosela.*)

CONDE. ¡Santo Dios!.... Y este medallon?

TARHE (*Aparte.*) ¡Oh! jóven orgulloso, ya estás perdido. (*Con fruicion.*)

CONDE. Pronto! pronto! ¿De quién es esta joya?

JULIO. Señor!....

CONDE. Vuestra!.... tal vez vuestra!.... (*Con mucha espresion.*)

JULIO. Ella me acompañó como recuerdo de mis desconocidos padres.

CONDE. (*Con vehemencia.*) Vuestra edad, vuestra edad!

JULIO. Veintiseis años!.... (*Comprendiendo.*)

CONDE. Y os llamais!....

JULIO. Julio!...

CONDE. (*Abriendo los brazos con gran vehemencia.*) ¡Hijo del alma!.... (*Julio sin poder hablar, cae en los brazos del Conde. Sensacion. Dumontel se aparta abrazando á su hija con noble orgullo.*)

DUMONT. Lucia!!... (*Con mucha espresion.*)

TARHE. Infierno!!... Yo mismo, yo mismo le salvo!!...

LUCIA. Padre, padre mio!... Es hijo de un Conde!!...

DUMONT. Y tú eres hija mia!!... (*Con arrogancia.*)

BASTIEN. Ya presumia yo que el señor Julio... (*Conmovido.*)

LUCIA. Y yo que le amaba tanto!!...

DUMONT. Calla!... calla!!... Que ni el viento te oiga!...

JULIO. Padre mio!... (*Al Conde.*)

CONDE. Dios es siempre justo! ¡Bendito, bendito sea!

JULIO. No puedo espresar, padre mio, la emocion que experimento. Todo se lo debo al hombre mas noble de la tierra... Miradle!! .. (*Por Dumontel que debe expresar los choques de que es víctima, pero con la frente alta.*) A él le debo la dicha de amar como se ama á un ángel!... (*Pausa.*)

(Lucía quiere levantar la cabeza para mirar á Julio. Dumontel se lo impide estrechando su cabeza contra su hombro y cubriéndola con la mano.

CONDE. ¿Por qué, señores, por qué no participais de mi suprema dicha?... (*Al ver la actitud de Dumontel.*) Ah! .. Ibas á casarte, hijo mio! ..

JULIO. Mi nombre iba á ser estendido ya en el acta.

CONDE. (*Al Notario.*) Continuad!...

DUMONT. No!!... (*Con profunda expresion.*)

CONDE. Señor Dumontel, quereis conceder la honra de dar la mano de vuestra hija al futuro Conde de Kernudec?... (*Descubriéndose..*)

DUMONT. ¿Vos me la pedís?...

CONDE. Yo os la suplico.

DUMONT. Ved que no tiene blasones!...

JULIO. (*Tomando el compás y el martillo.*) ¿De quién son estos?

DUMONT. (*Trasportado.*) Es tuya!... Es tuya!...

LUCIA. (*A Julio.*) Julio! Julio mio!... (*Dumontel estrecha las dos manos que le tiende el Conde; éste despide con imperativo gesto á Tarhé.*)

CONDE. (*A Tarhe.*) Salid!...

TARHE. (*Saliendo en el colmo de su ira.*) Yo mismo!.. Yo mismo le salvo!...

JULIO. Padre!!... (*Al Conde.*) Padre!!... (*A Dumontel.*)

(El Notario escribe. Julio dá la mano á Lucía y permanece con el compás y el martillo en la izquierda: centro, primer término. Los obreros expresan su alegria. Dumontel estiende con solemnidad las manos sobre las cabezas de sus hijos.—Cuadro.)

DUMONT. ¡Bendito Dios que á la pobreza has enriquecido con la honra!!

El telon cae pausadamente.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En casa del Editor, D. Eduardo Hidalgo.

PROVINCIAS.

En las casas corresponsales de la *Administracion Lírico-dramática* del Sr. Hidalgo.

Pueden hacerse tambien los pedidos de ejemplares directamente al Autor en Valladolid, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, sin cuyo requisito no serán servidos.